

muestras de disgusto por aquellas expresiones, volvió las espaldas y se fue.

Procuraba evitar con sumo cuidado toda palabra ó gesto, con que pudiese significar que estaba resentido ó descontento, por temor de dar pie á que tuviesen por justificadas las calumnias contra la Compañía. En tanto que los ejecutores del decreto hacían la judicial ocupacion y secuestro del colegio, á tenor de lo prescrito en los artículos VI y VII de la Instruccion, acercóse un Hermano Coadjutor al Padre, y en voz baja le dijo que podría fácilmente librarse de aquel saqueo una rica custodia; la cual por haber sido regalada poco ántes, no constaba aún en el inventario de la sacristía; y el Padre le contestó: «Libreme Dios, Hermano, de pensar siquiera en tal cosa. No faltaba sino que tuviesen de que agarrarse los que están con cien ojos; y lo alegasen como prueba de que tenemos esos escondidos tesoros que suponen. No: ya que Dios nuestro Señor pide el sacrificio, hagámoselo sin reserva.»

Por la misma causa rehusó con gran constancia un rico presente de oro y plata, que cierto íntimo amigo suyo le ofreció, rogándole que lo aceptase y se sirviese de él en alivio de sus necesidades y de las de sus hermanos. Por no parecer descortés, solamente un duro tomó, y devolvió al amigo lo demás, diciéndole que perdonase, que no le era posible aceptar su don sin hacer injuria á la divina Providencia, en cuyos brazos descansaba sin pena alguna para lo porvenir.

Campeó de un modo particular la firmeza del P. Pignatelli en la recia lucha que sostuvo con sus parientes, quienes no dejaron piedra por mover en razon de librarle del destierro y retenerle en su compañía en España. Hábiales ya dispensado esta gracia á él y al P. Nicolás, que residía en Barcelona, el mismo conde de Aranda, cuya hija estaba casada con el marqués de Mora, D. José María Pignatelli, primogénito del conde D. Joaquin y sobrino de los PP. Pignatelli. El mismo Aranda, no queriendo mostrarse cruel con la familia de su yerno, había encargado al gobernador de Zaragoza que no dejase medio por tentar

en razon de reducir al P. José á que aceptase la gracia y usase del privilegio.

Es increíble lo que hizo y trabajó aquella autoridad para salir con su intento, ansioso como estaba de complacer á la corte; pero todo su empeño fue vano. Túvose firme el P. José, y protestó que ni fuerza de razones, ni eficacia de ruegos, ni terror de amenazas, le habían de apartar nunca de su vocacion y de la compañía de sus perseguidos hermanos. Dijo además que si el rey de España había tenido por conveniente extrañar de sus reinos á la Compañía de Jesús, cuyo miembro, aunque indigno, él era; se sometía gustoso, y se encaminaba con los demás al destierro, prontísimo á andar errante hasta el fin del mundo, á trueque de vivir con sus hermanos, y perseverar con ellos en el género de vida que por misericordia de Dios había abrazado. Una cosa suplicó, y fue, que no le molestasen más con proposiciones y ofrecimientos de aquella naturaleza, si no querían acibarar su alma con cosas para él tan pesadas é insufribles.

En iguales términos respondió el P. Nicolás á los que en Barcelona tentaron su constancia. Desalentados sus parientes, cesaron por entonces de sus instancias, con ánimo de repetir las más tarde, cuando se ofreciese esperanza de mejor éxito. Muy al contrario procedió D. Ramon: porque no solamente desaprobó los intentos de los demás y se opuso á toda tentativa de separar de la Compañía á sus dos hermanos para que permaneciesen en España, sino que declaró terminantemente que no reconocía como hermanos suyos á José y á Nicolás, si en tales circunstancias, por temor de las penalidades que les aguardaban, se hacían infieles á su vocacion y abandonaban á sus hermanos.

Desercion tan vergonzosa parecía á este noble caballero y religioso sacerdote la mayor de las infamias y deshonras, con que podía verse mancillada la limpieza y lustre de los Pignatelli. Desde entonces fue tenido del P. José por más hermano que ántes: pues le veía tan uno consigo en el modo de pensar y en los afectos de su corazon.

Así se pasó aquel tristísimo día 3 de Abril. Llegada la noche,

dispusieron las camas para dormir, de tal suerte que pudieran los presos ser constantemente vigilados. Excusado es decir que aquella larguísima noche no se pasó durmiendo, sino orando y ejercitando actos heroicos de resignacion en manos de la Providencia.

Á la mañana del día siguiente permitióse á todos los sacerdotes celebrar el santo sacrificio, y asistir á él los que no lo eran; para lo cual fueron todos conducidos á la iglesia, cuyas puertas permanecieron cerradas. Las lágrimas que derramaban y los sollozos en que prorrumpían celebrantes y asistentes, fueron tantas, que apenas podían terminar la misa. De la iglesia se trasladaron al refectorio á tomar un modesto desayuno para ponerse luégo en camino. Pasaron de allí á la portería del colegio, donde cada uno tenía preparado su hatillo de las pocas cosas que les permitieron llevar, como eran el breviario, algun librito de devocion, las cosillas de uso particular, como peine, tijeras, cepillo, etc. y alguna ropa blanca. Estaban en la calle preparados los carruajes, y un gentío inmenso, deseoso de presenciar aquel tristísimo espectáculo.

Salen custodiados todos los Padres y Hermanos, y van colocándose en los vehículos en mayor ó menor número, segun era la capacidad de estos. El asombro y el dolor tenían enmudecidos á los espectadores. Colocados todos, puestos en orden los carruajes, y rodeado de todas armas el convoy, se ponen en camino para dirigirse á Teruel, paraje donde debían reunirse los jesuítas del reino de Aragon, desde donde debían ser trasladados al depósito de Tarragona, segun los artículos XII y XVI de la Instruccion que acompañaba al pliego reservado.

No pudieron ya contenerse los ánimos de los que tal cuadro contemplaban: prorrumpen en gritos de dolor, lloran la pérdida de sus amigos y bienhechores, agrúpanse á los lados de los carruajes para darles el último adiós, pedirles su bendicion y encomendar á sus oraciones sus propias personas y las de sus familias. Necesaria fue toda la fuerza que los custodiaba para despejar aquel gentío, que impedía la marcha del convoy. Apre-

taron el paso las caballerías y lograron por fin verse libres del pueblo. Quienes mayor serenidad mostraban eran los Padres, que como ya se habían ofrecido en holocausto al Señor y se habían entregado en manos de la Providencia, no dudaban que toda aquella tribulacion había de redundar en mayor gloria de Dios y aprovechamiento de sus almas.

Salieron de la ciudad por la puerta llamada «de los mártires,» situada hacia el extremo de la calle, que hoy día conserva el mismo nombre, y desemboca en la plaza mayor. Fue particular consuelo de su alma el ver que comenzaba para ellos el martirio en el mismo lugar en donde padecieron el suyo los innumerables héroes de Zaragoza, que sellaron su fe con su sangre. El primer objeto que debió de presentarse á la vista del P. Pignatelli, fue el magnífico y grandioso palacio de los condes de Fuentes, situado á cien pasos, y en el cual había nacido y pasado los primeros años de su vida. Desde su vehículo fue muy posible dirigir el último adiós á su querido hermano el canónigo D. Ramon, que había hecho con él oficio de padre, y de quien se separaba ahora para no volver á verle más en este mundo.

Fue general en toda la ciudad el sentimiento por la pérdida de los Padres. Muchos de los que se les habían mostrado poco afectos ó abiertamente contrarios, se arrepentían de su pasado error y extravío: los devotos y amigos no acababan de llorar la desgracia de verse privados de su consejo y direccion, y les parecía como que hubiesen caído en la más triste orfandad.

Entre los que dieron mayores muestras de dolor fue el señor Arzobispo. Éralo por entonces D. Luis García Mañeru, el cual siendo obispo de Tortosa, había encontrado poderosos auxiliares para el cuidado de sus ovejas en los Padres de la Compañía; y lo mismo había hallado en Zaragoza desde 1764, en que entró á gobernar aquella diócesis. Al verse ahora privado de tan buenos y fieles ministros, no sabía cómo templar su dolor. Así lo testifica el P. Blas Larraz¹ con estos términos: «Notables fueron tambien

¹ Comentario, Lib. I, Cap. 21.

las palabras del Arzobispo de Zaragoza, cuando dijo que quitándole los mejores obreros que tantísimo le habían ayudado á cultivar la viña del Señor, no podía continuar en su penoso cargo. Y al decir esto, parece que adivinaba en cierto modo lo que le había de suceder: porque la tristeza le produjo, segun se cree, una enfermedad, que poco después con gran pena de todos le privó de la vida.» En efecto murió el venerable prelado, consumido de pesar, el día 20 de Julio de aquel mismo año de 1767, dos meses y medio después que los Padres salieron de Zaragoza.

Iguales ó parecidas escenas que en Zaragoza, ocurrieron en las otras ciudades del reino. Óigase lo que refiere el P. Manuel Luengo á propósito de Santiago¹. «De esta manera,» dice, «se ha logrado que nuestro destierro y partida de la ciudad de Santiago haya sido ejecutada por una parte sin inconveniente ni desórden; y por otra, con tanta honra y gloria nuestra, que nuestra salida de esta ilustre ciudad, aunque en traje de reos y como una cadena de malhechores conducidos por la tropa á una galera ó presidio, haya sido un verdadero triunfo, magnífico y gloriosísimo. Á la verdad si nuestro destierro no tuviera otras consecuencias que nuestros trabajos, miserias é ignominias personales, todas ellas se podrían recibir con gusto, aun en el lenguaje de la ambicion mundana, por haber tenido la complacencia, el honor y gloria de ver interesarse y conmoverse en nuestra desgracia tantos millares de personas de todos sexos, edades y condiciones, llorarnos todos con tanta amargura, colmarnos de bendiciones, de elogios y de alabanzas, como si en perdernos á nosotros perdieran sus padres, sus hermanos, sus maestros, sus directores y todas sus cosas. Si en todas las demás ciudades de España se han hecho con los jesuítas en su destierro las mismas demostraciones que ha hecho con nosotros esta ilustre y numerosa ciudad de Santiago de Galicia, me atrevo á decir sin miedo de exagerar, que jamás ha tenido la Compañía de Jesús en Es-

¹ *Diario*, Tomo 1.º, págs. 23-24.

paña día más glorioso que este día 3 de Abril de este presente año.» Pero volvamos á nuestros caminantes.

Poco menos de media legua habían andado, cuando les sucedió un caso que les sorprendió sobremanera. Al saber los discípulos de las escuelas que se llevaban á sus queridos maestros, juzgando, como era la verdad, que no habían de verlos más en su vida, corrieron precipitados al colegio para darles el último adiós; pero rechazados por las guardías, no les fue posible satisfacer su devocion y buen deseo. No podían llevar en paciencia aquella privacion; y resolvieron salir á la carretera á esperar el paso de la comitiva. Hiciéronlo así: adelantáronse por atajos conocidos, y en las cercas de las heredades y campos contiguos á la carretera se fueron ocultando para no ser percibidos.

Luégo que llegaron los carruajes, saltan de sus escondrijos, y sin reparo ninguno se abalanzan sobre ellos, y se arrojan con lágrimas en los ojos, con desconsolado corazón y con profundos sollozos en brazos de los Padres, besándoles las manos y abrazándose con ellos estrechamente, y sin querer apartarse de su lado, por más que ellos se lo rogaran.

El P. Pignatelli, refiriendo varias veces en su vejez este suceso á sus novicios de Colorno, decía: «Nosotros, que nos habíamos conservado serenos é inalterables ante las lágrimas y las súplicas de amigos y parientes; nosotros, que no nos habíamos inmutado por la conmocion de toda la ciudad, no fuimos poderosos para dominarnos á nosotros mismos en tan inesperado y tierno accidente: y hasta los mismos soldados que nos escoltaban, tuvieron que pagar tributo á la ternura, y derramaron abundantes lágrimas en presencia de aquellos niños y de los agasajos con que nos trataban.» Dados por fin y recibidos los posteriores saludos, y después que los Padres les hubieron dado los saludables consejos y avisos que el caso requería, se arrancaron unos de otros, volviéndose los estudiantes á sus casas, y continuando su camino los viajeros.

Para alentarse estos á sufrir con cristiana resignacion las molestias del camino, y la serie de penalidades que preveían haber-

les de sobrevenir, abrieron al acaso el libro de los evangelios, y toparon con los avisos que daba el Maestro celestial á sus discípulos para animarlos á la paciencia y á la perseverancia en tolerar tribulaciones, destierros y todo linaje de muertes de parte de los hombres: lo cual les sirvió en gran manera para confirmarse en la esperanza de una asistencia particular del cielo, que se prometían de la benignidad de aquel Señor, bajo cuya bandera militaban, y por cuyo amor acometían los graves trabajos inherentes á una vida de destierro, alejados de su patria, é inciertos de su futuro destino. Con tan consoladores pensamientos continuaron su viaje.

Grande sorpresa causaba aquel espectáculo de sacerdotes custodiados por fuerza del ejército á cuantos caminantes topaban, y á los labradores que trabajaban en los campos vecinos, y mayormente á los venteros y gente sencilla de los lugares por donde pasaban. El aparato era propio de criminales á quienes se traslada de una cárcel á otra; pero la calidad de los presos no permitía sospechar que fuesen merecedores de aquella pública deshonra. En el pueblo sencillo todo era confusion y curiosidad. No se hablaba de otra cosa en los lugares por donde caminaban y en donde se detenían para tomar alimento ó pasar la noche.

Esta les era forzoso pasarla en sitios incapaces de alojar tantas personas; y así los Padres tenían que estar hacinados y con no pequeña incomodidad. La comida se les preparaba en ventas ó en hosterías poco acondicionadas, y era igual á la de los colegios y casas de la Compañía, conforme á las órdenes emanadas de la corte, aunque repetidas veces dejó mucho que desear el cumplimiento de ellas. Los soldados se mudaban á determinados trechos, retirándose unos y entrando otros á prestar el servicio de custodiar los presos. Por lo comun los jefes mostraban gran deferencia con los Padres y procuraban que sus subordinados hiciesen lo mismo. No fue raro hallar quien experimentase no pequeña repugnancia en ejercitar su oficio, y los mismos á quienes custodiaba, tenían que animarle á que cumplierse

las órdenes que se le habían dado. Tampoco faltaron genios adustos y poco tratables, que contribuyeron á ejercitar la paciencia de los desterrados.

Uno de ellos fue el gobernador de Tortosa. Por esta ciudad pasaron todos los jesuitas del reino de Valencia y los de Zaragoza y de casi todos los demás colegios y casas de Aragon: los cuales por toda su vida se acordaron muy bien del militar recibimiento y pésimo hospedaje que les hizo el gobernador de la plaza, D. José Lemir. «Á la misma puerta de ella,» dice el Padre Olcina¹, «des esperaba una compañía de granaderos; y puestos en dos filas, con tambor batiente los conducían hasta la puerta misma del colegio, donde los entregaban al oficial del cuerpo de guardia que estaba allí apostado; y encerrados en el colegio, no se les permitió comer en el refitorio ni dormir en los aposentos; sino que el tránsito les sirvió de refitorio, y tendidos allí mismo en tierra unos pocos y malos colchones y peores sábanas, pasaban la noche con suma incomodidad. Ni solo se les negó todo trato y comunicacion con los seculares de aquella ciudad, sino aun con los mismos jesuitas de otro colegio: pues habiendo llegado en un mismo día los jesuitas de dos colegios diferentes, no se les permitió que los unos hablasen con los otros, ni menos que los viesesen.»

Los que tuvieron la suerte de ir en compañía del P. Pignatelli, sintieron en menor grado estas incomodidades de tan penoso viaje. Consolábalos en sus penas el Siervo de Dios, alentábalos con la consideracion de los tormentos que padeció el Hijo de Dios para ejemplo de sus predestinados; y «pues nos gloriamos con el nombre de compañeros de Jesús,» les decía, «¿hay cosa más puesta en razon que participar de sus ignominias, de sus dolores, de su cruz? Lejos de un hijo de la Compañía el gloriarse en otra cosa que en la cruz de su señor y capitán.»

Con estas y semejantes razones esforzaba el valeroso imitador de Cristo á sus compañeros, especialmente á aquellos,

¹ *Relacion festiva*, etc., Parte primera, pág. 62.

cuyos achaques, cuya vejez ó enfermedades hacían más pesadas las molestias del viaje. De esta suerte al cabo de muchas jornadas llegaron á la vista de Tarragona. Los afectos que ella excitó en el ánimo del P. José, no son para descritos con palabras. Doce años habían trascurrido desde que salió de aquella ciudad de tan gratos recuerdos, cuna de su vida religiosa, que hasta entonces jamás se había borrado de su memoria ni se había de borrar en adelante. Suspiraba por el momento feliz en que había de pisar los umbrales de aquella bendita casa, y ver aquellas paredes, testigos de sus primeras luchas y de sus primeras victorias.

Enajenado y absorto en estos santos pensamientos, entra en la ciudad, recorre las calles de ella, y alcanza á divisar el objeto de sus ardientes ansias. Pero ¡cuál no debió de ser su asombro, al ver junto á las puertas de la casa gran número de soldados sobre las armas, con las bayonetas caladas, unos guardando la puerta, otros despejándola de la muchedumbre de gente de toda edad, sexo y condicion, que, ó por afecto, ó por curiosidad, se aglomeraba al llegar cada nueva expedicion!

Bajan de sus carruajes los llegados de Zaragoza: detienenlos junto á la puerta ántes de penetrar en la casa: el jefe encargado de la expedicion entrega al notario público, que al efecto estaba constituido en aquel lugar, la lista de todos y cada uno de los individuos, que en ella constaban: llámalos el notario á cada uno por su nombre y apellido, y responde el interpelado: y solo después de practicada esta formalidad, se les introduce en lo interior con guardias de vista al lado. Penetran los de Zaragoza en aquella hasta entonces mansion de paz, de órden y de silencio, trocada á la sazón en lugar de trastorno y desórden. No se veían en su interior sino soldados, centinelas y alguaciles, que por todas direcciones la recorrían.

Sin embargo en medio de escenas tan terribles y desagradables la vista inesperada de antiguos compañeros, pertenecientes á otras casas, y que ya se hallaban allí depositados, templaba sobremanera el dolor en los ánimos de todos, y hacía olvidar lo

ingrato de las actuales impresiones y de las mayores calamidades que presentían. ¡Con qué ternura se abrazaban! ¡con qué expresiones de cariño se daban mutuamente el parabien por la fortaleza que hasta entonces habían mostrado! ¡con qué alegría se contaban las peripecias del viaje, las circunstancias de la invasion de sus casas, idéntica en todas, pero en todas acompañada de alguna diferencia!

Uno era en tan tristes circunstancias el comun sentir, uno el modo de expresarse, á saber, que puesto que no tenían conciencia de ningun crimen, por el cual mereciesen tamaño castigo, sufrían de buena voluntad la expoliacion de sus bienes, la deshonra de su nombre, y el destierro de su patria; que se regocijaban y se daban el parabien de que se les ofreciese tan oportuna ocasion de imitar al divino capitan de la Compañía, Jesucristo. Y cuán de lo íntimo de su corazon saliesen estas palabras, manifestábalo muy bien la religiosa alegría que brillaba en sus rostros, á pesar de las muchas penalidades que no podían evitar.